

HISTORIA DE UNA MATANZA

1

Amador recibe su primera comisión importante

Al bajar del avión que lo llevó de Lima a Ayacucho esa mañana - martes 25 de enero de 1983 - el reportero gráfico de Oiga, Amador García, no cabía en sí de contento. Por fin había obtenido lo que pedía hacía meses: un reportaje importante, en vez de las inocuas fotografías de modas y espectáculos. "Te vas a Ayacucho -le dijo el director de la revista-, llegas hasta Huaychao y averiguas qué pasó entre los indios y los guerrilleros. Mándame las fotos en el avión del jueves, pues quiero usarlas en la tapa. Buena suerte". Amador sabía que esa comisión era endemoniadamente difícil si quería una primicia, porque desde que se dieron a conocer los sucesos de Huaychao, Ayacucho hervía de corresponsales. Pero confiaba en ganar la partida a sus colegas. Era un hombre tímido y tenaz, que, antes de conseguir empleo en la revista, se había ganado la vida como fotógrafo ambulante. Casado, tenía dos hijos, de siete y dos años.

El corazón debía latirle con fuerza, esa mañana, al pasar entre los centinelas armados con metralletas que custodian el aeropuerto de Ayacucho. Porque Amador volvía a su tierra. Había nacido en Ayacucho, hacía 32 años, y hablaba quechua, lo que le sería de mucha ayuda en las cumbres de Huaychao, donde seguramente muy pocos campesinos entendían español. A alguien que conocía su idioma le contarían cómo había sido aquello de los terroristas.

Esa madrugada, desde el aeropuerto de Lima, Amador telefoneó a un redactor de Olga para que no olvidara pedir a las autoridades que le brindaran facilidades. Mientras Amador se trasladaba al centro de Ayacucho, observando los cambios en la ciudad -esas tranquilas callecitas de antaño, repletas de iglesias y de casonas coloniales, tenían ahora sus paredes consteladas de consignas revolucionarias y de vivas a la lucha armada, estaban sometidas al toque de queda de diez de la noche a cinco de la mañana y en las esquinas surgían patrullas armadas-, en Lima, el redactor de **Oiga** Uri Ben Schmul hablaba con el comandante de la Guardia Civil Eulogio Ramos, del Ministerio del Interior, y obtenía de él la promesa de que telefonaría a la **Novena Comandancia** de Ayacucho. El comandante Ramos diría después que no cumplió su promesa porque la línea telefónica estaba estropeada pero que envió un radiograma informando sobre el viaje de Amador. Según los jefes militares de ayacucho este radiograma no llegó y

Amador García no se presentó nunca en la Novena Comandancia.

¿Por qué no lo hizo? Tal vez porque, a los pocos minutos de pisar la Plaza de Armas de su tierra, supo lo que ya sabían sus colegas venidos de Lima: que si pretendía llegar a Huaychao lo menos recomendable era solicitar ayuda a las autoridades militares. Estas se mostraban esquivas cuando no hostiles con los periodistas, y, salvo raras excepciones, habían rechazado todas las solicitudes de llevar periodistas a los lugares donde hubo choques armados. Nadie, hasta ese martes, había conseguido facilidad alguna para ir a Huaychao, lugar, por otra parte, de difícil acceso. Está en la provincia de Huanta, a unos 4000 metros de altura, en unas cumbres a las que se trepa por laderas abruptas en las que se corría el riesgo de toparse con los guerrilleros o los "sinchis" (tropas anti-subversivas de la Guardia Civil) que podían confundirlo a uno con el enemigo. Por esta razón, muchos periodistas habían renunciado al proyecto de ir a Huaychao.

Todo esto se lo contó a Amador García un colega de Lima, el reportero de **Gente**, Jorge Torres, con quien se encontró en la Plaza de Armas. Pero a Amador no le iban a derrotar tan fácilmente las dificultades. En vez de desanimarse, alegó con tanta convicción que en pocos minutos era él quien había convencido a Torres de que debían partir a Huaychao fueran cuales fueran los obstáculos. ¿No sería formidable comprobar, con los propios ojos y las propias cámaras, lo ocurrido? Jorge Torres acompañó a Amador al Hostal Santa Rosa, donde se hospedaban los periodistas que vienen a Ayacucho a informar sobre las guerrillas y buen número de los policías que vienen a combatirlos. En el Hostal, Amador García se encontró -algunos salían de la cama- con varios colegas de Lima, ávidos como él por ir a Huaychao, pero que, en vista de los problemas, habían desistido del viaje.

Sentados en el patio del Hostal, en el grato calorcito mañanero -las noches son siempre frías y las mañanas cálidas en los Andes- y divisando, nítidos en el aire transparente, los cerros que rodean a la vieja ciudad en cuyas afueras Simón Bolívar dio la batalla que selló la Independencia de América, Amador García y Jorge Torres discutieron con media docena de colegas. El resultado fue el acuerdo de todos de salir en expedición a Huaychao.

Poco antes de mediodía, un grupo -entre ellos el gordo Jorge Sedano de **La República** y Amador García- fue a la Plaza de Armas y contrató un taxi para hacer un viaje fuera de la ciudad, a la madrugada siguiente. El chofer, Salvador Luna Ramos, aceptó llevarlos hasta

Yanaorco -en la carretera de Tambo, a una hora de Ayacucho- por treinta mil soles. Los periodistas no le dijeron que su destino era Huaycha. ¿Se lo ocultaron por temor a que la noticia llegara a oídos de las autoridades militares y éstas prohibieran el viaje? Sin embargo, en el Hostal Santa Rosa, esa mañana y esa tarde, discutieron sus planes de Viaje en alta voz y otros clientes, además del administrador, los vieron consultar mapas y planear el itinerario. Los periodistas entregaron quince mil soles al taxista y quedaron en que pasaría a buscarlos a la hora en que se levanta el toque de queda.

Para la ruta que eligieron fue decisivo que se sumaran al proyecto dos periodistas de Ayacucho: el director del diario *Noticias*, Octavio Infante, y el corresponsal en esa ciudad del *Diario de Marka*, Chacabamba, pequeña localidad situada en las faldas de la montaña donde se encuentra Huaychao. Decidieron viajar por la carretera de Tambo hasta la laguna de Tacto -Toctococha-, muy próxima a Yanaorco. De allí caminarían a Chacabamba a pedir al medio hermano de Infante, Juan Argumedo, que los condujera hasta Huaychao.

Hecho el plan de viaje, se fueron, unos, al mercado, a comprar zapatillas, pulóvers y plásticos para la lluvia, en tanto que otros -De la Piniella y Félix Gavilán- se metieron a un cine. Pudieron dormir tranquilos pues esa noche no hubo dinamitazos ni tiros en Ayacucho. Aunque sin duda se hallaban excitados por el viaje. No sospechaban el gravísimo riesgo que iban a enfrentar. Con la excepción, acaso, de Félix Gavilán, quien, esa noche, pidió a su mujer que pusiera en su maletín de viaje una sábana blanca que podría servir de enseña de paz en caso de que se encontraran en el camino con los "sinchis" o los "terrucos".

Salvador Luna se presentó en el Hostal a las cinco y veinte de la mañana. Lo recibió, lavado y vestido, Jorge Sedano. Había un cambio de planes: Jorge Torres decidió no viajar. Pero bajó a despedirlos y vio cómo sus compañeros se apiñaban en el automóvil, ante la cara larga del chofer que no esperaba tantos pasajeros. Los viajeros gastaron unas bromas al "Bocón" Torres y uno, incluso, le dijo, macabramente: "Anda, loco, tómanos la última foto". Pero -recuerda Torres ninguno de sus colegas estaba realmente inquieto. Todos mostraban excelente humor.

II

Un general feliz de poder dar buenas noticias

¿Por qué querían llegar estos periodistas a esa aldea que no aparece en los mapas! ¿Por qué estaba el nombre de Huaychao en las bocas de todos los peruanos?

Porque tres días antes, el general Clemente Noel, jefe del comando político-militar de la zona de Emergencia, había hecho, en Ayacucho, una revelación sensacional: que los campesinos de Huaychao habían dado muerte a siete guerrilleros de Sendero Luminoso. Les habían quitado armas, municiones, banderas rojas y propaganda. El diminuto general resplandecía. Rompiendo su laconismo, se explayó, elogiando el coraje de los indios de Huaychao al enfrentarse a quienes él llama siempre "los delincuentes subversivos". La actitud de los comuneros, dijo, era una reacción contra "los

desalmados que entran a las aldeas a robarse los animales, asesinar a las autoridades, violar a las mujeres y llevarse a los adolescentes".

La alegría del general se debía a que la matanza de Huaychao era la primera "buena noticia" que podía dar desde que asumió la jefatura de la lucha contra Sendero Luminoso, cinco semanas atrás. Hasta entonces, aunque los comunicados militares hablaban a veces de choques con "senderistas", la impresión era que las fuerzas del general Noel no conseguían echar mano a los guerrilleros, quienes se les escurrían entre los dedos gracias al apoyo, activo o pasivo, de las comunidades campesinas. Prueba de ello era que los "senderistas" proseguían dinamitando puentes y torres eléctricas, bloqueando caminos y ocupando aldeas en las que azotaban o ejecutaban a los ladrones, los confidentes y a las autoridades elegidas en las elecciones municipales de 1980. Los siete muertos de Huaychao eran, en cierto modo, los primeros guerrilleros genuinos abatidos que el jefe del comando político-militar podía mostrar la insurrección, dos años atrás, parecía indicar que Sendero Luminoso no contaba con el apoyo del campesino, o, al menos, con su neutralidad.

¿Cómo habían ocurrido los sucesos de Huaychao? El general Noel se mostró evasivo cuando le pidieron precisiones. Indicó que unos campesinos se habían presentado en la Comisaría de Huanta a dar parte del hecho. Una patrulla, al mando de un teniente de la Guardia Civil, subió la Cordillera hasta Huaychao -veinte horas por quebradas, precipicios y estepas desoladas - y comprobó el linchamiento. Las metralletas de los "senderistas" muertos habían sido robadas en distintos asaltos a puestos policiales del interior de Ayacucho.

Muchos pensaron que el general Noel sabía más de lo que decía. El general no tiene suerte con los periodistas. Es obvio que no ha sido preparado para lidiar con esas gentes que -a diferencia de los subordinados del cuartel- no se contentan con lo que oyen, hacen preguntas impertinentes y tienen, incluso, el atrevimiento de poner en duda lo que uno les dice. Ocurre que el general Clemente Noel está mal preparado para esa democracia que renació en el Perú en 1980, después de doce años de dictadura militar. Desde que se instaló el gobierno de Belaúnde los diarios, la televisión y los radios expropiados por la dictadura fueron devueltos a sus dueños, se abrieron otros periódicos y se restableció la libertad de prensa. Esta alcanza a veces ribetes tan destemplados que la desconfianza del general Noel no es del todo comprensible, sobre todo con órganos como El *Diario de Marka* (de tendencia marxista) y *La República* (fundado por antiguos funcionarios de la dictadura) en los que con frecuencia aparecían duros ataques contra las fuerzas anti-guerrilleras, acusándolas de crímenes y abusos.

(Callaba el general Noel porque no quería dar nuevos pretextos para atacar a los "sinchis" a la prensa de oposición? Lo cierto es que el general decía sólo generalidades porque hasta ese domingo 21 de enero no sabía más. Ni siquiera el teniente jefe de la patrulla que fue a Huaychao tenía idea completa de lo ocurrido. El y los guardias a su mando venían de otras regiones y sólo uno de ellos hablaba quechua. Durante el trayecto a

Huaychao advirtieron grandes movilizaciones de indios por las cumbres, con banderas blancas. Esas masas de campesinos, muy agitados, los alarmaron. Pero no se produjo ningún incidente. En Huaychao encontraron los cadáveres de siete guerrilleros. Los campesinos pudieron quedarse con sus armas, pero el general Noel había dado órdenes de que no se las dejaran, pues, según él, las armas atraerían a los “delincuentes subversivos” con más fuerza todavía que el deseo de vengar a sus muertos. Los varayocs (autoridades tradicionales de la comunidad) refirieron, a través de un intérprete, que habían dado muerte a esos “terrucos” valiéndose de una estratagema. Al verlos acercarse, el pueblo de Huaychao salió a su encuentro, agitando banderas rojas y dando vítores al Partido Comunista del Perú (nombre oficial de Sendero Luminoso) y a la lucha armada. Coreando las consignas y cantos de “la milicia”, escoltaron a los guerrilleros hasta la casa comunal. Cuando los tenían totalmente cercados, se abalanzaron sobre ellos y los mataron en pocos segundos con hachas, cuchillos y piedras que llevaban bajo los ponchos. Sólo un “senderista” consiguió huir, malherido. Eso era todo lo que sabía, en su jubilosa conferencia de prensa del 21 de enero, el general Clemente Noel. Ni siquiera estaba enterado de que tres de los siete guerrilleros linchados eran niños de 14 y 15 años, alumnos del Colegio Nacional de Huanta, que habían desaparecido de casa de sus padres hacía algunos meses. Lo ocurrido en Huaychao era la punta del iceberg de unos tremendos sucesos que simultáneamente habían tenido lugar en muchas comunidades de las alturas de Huanta y que sólo se irían conociendo en los días y semanas posteriores.

¿Cómo recibió el Perú la noticia de los linchamientos de Huaychao? El gobierno, los partidos democráticos y la opinión pública independiente, con sentimientos parecidos a los del general Noel. ¡Qué alivio! Los campesinos no se identifican con los terroristas, más bien los combaten. Entonces, Sendero Luminoso no durará mucho. Ojalá otras comunidades sigan el ejemplo de Huaychao y acaben con los dinamiteros de centrales eléctricas y asesinos de alcaldes. En tanto que los sectores democráticos reaccionaban de este modo, la extrema izquierda se negaba de plano a creer que los campesinos hubieran sido los autores del hecho y proclamaban, en el parlamento y en el Diario *de Marka* que los verdaderos ejecutores de los guerrilleros eran “sinchis” o fuerzas paramilitares disfrazadas de campesinos.

Nadie, sin embargo, se detuvo a reflexionar sobre el problema jurídico y moral que planteaban también los linchamientos de Huaychao ni el peligroso precedente que significaban. Ocurre que no sólo los militares y los periodistas están desentrenados para la democracia en un país que ha padecido una larga dictadura: todos los ciudadanos contraen el mal.

Pero, en tanto que unos aplaudían y otros ponían en duda la identidad de los autores de la matanza de Huaychao, nadie se sentía satisfecho con la escasa información al respecto. Todos querían saber más. Por eso habían viajado decenas de periodistas a Ayacucho. Y por eso, esos ocho reporteros, en esa madrugada del 26 de enero, se hallaban apretados unos sobre otros en el automóvil del chofer Luna Ramos.

III

Por la alta sierra

Las calles empedradas de Ayacucho estaban desiertas y aun hacía frío cuando el taxi partió del Hostal y, cruzando legañosos soldados, se dirigió a la calle Bellido, a recoger a Octavio Infante, el director de Noticias, quien había pasado la noche en su imprenta y ni siquiera había prevenido a su mujer del viaje. El auto hizo una nueva parada en el Ovalo de la Magdalena, para que los viajeros compraran cigarrillos, limones, galletas, azúcar, leche condensada y gaseosas. Abandonó Ayacucho por la barrera policial de la Magdalena. El chofer sobrepasó, en la cola de vehículos, y, al acercarse el guardia, los pasajeros enseñaron sus carnets, que aquél no examinó, limitándose a decir: “Sigan”. Esta fue la única barrera que cruzaron en el viaje.

Más tarde habría una controversia sobre si las autoridades estaban informadas de la expedición. El general Noel asegura que no lo estaban. En todo caso, no pudieron enterarse por la barrera de la Magdalena, en la que no hubo diálogo con los viajeros. Si al comando político-militar le llegó noticia de la expedición, pudo ser a través de algún parroquiano del Hostal (entre los que, ya lo dijimos, figuraban policías). Lo probable es que el proyecto de viaje fuera conocido por funcionarios menores, que no le dieron importancia. Hubo periodistas que hicieron antes otros viajes, tan alejados y riesgosos como éste, sin que ello indujera a las autoridades a tomar providencias particulares.

Pese a lo incómodos que iban -cinco atrás y cuatro adelante, incluido el chofer-, los periodistas no paraban de hacer bromas, con lo que el viaje se le hacía entretenido a Luna Ramos. El taxi bordeó la pampa de la Quinua -escenario de la batalla de Ayacucho-, donde pensaban tomar desayuno, pero las casitas que ofrecen comida, posada y artesanía, estaban cerradas. Tomaron la ruta de Tambo, que asciende en serpentina hasta alturas de 4,000 metros, orillando profundos abismos. A medida que subían, el paisaje se poblaba de cactus. En ciertas cumbres, o bailoteando de una cuerda sobre el abismo, comenzaron a ver banderas rojas con la hoz y el martillo. En esta ruta, Sendero Luminoso había efectuado numerosos ataques a pequeños agricultores y era frecuente que sus destacamentos detuvieran a los vehículos para pedirles el “cuerpos revolucionario”. El tráfico era mínimo. Parecían dueños del majestuoso paraje.

¿Quiénes eran los periodistas? Con excepción de Amador García, de *Oiga*, semanario que apoya al régimen, los otros siete pertenecían a diarios de oposición. Dos de ellos -Willy Retto y Jorge Luis Mendivil- trabajaban en *El Observador*, diario moderado de centro izquierda. Willy Retto, de 27 años, llevaba el periodismo en la sangre pues era hijo de un conocido fotógrafo de *Ultima Hora*, y Jorge Luis Mendivil tenía 22 años pero su físico menudo y su carita lampiña lo hacían aparecer como un adolescente. Ambos eran limeños y el paisaje que los rodeaba, así como esos indios con ojotas y ponchos de colores que divisaban arreando rebaños de llamas, resultaban para ellos tan exóticos como para alguien venido del extranjero. En los pocos días que

llevaba en Ayacucho, Willy Retto **había** vivido un drama, **pues** la policía le decomisó un rollo de fotos. La víspera, había garabateado unas líneas a una **muchacha** de Lima: “Ocurren aquí muchas cosas que jamás en mi vida pensé pasar y vivirlas tan de cerca. Veo la pobreza de la gente, el temor de los campesinos y la tensión que se vive es pareja para la PIP (policía de investigaciones), GC (Guardia Civil) y Ejército como para Sendero y gente inocente”. A diferencia de Retto, **que carecía** de militancia política, Mendivil estaba en una organización de izquierda, la UDP, y su presencia en Ayacucho se debía a su propia insistencia ante la dirección del diario. Acababa de pasar de la sección internacional al suplemento dominical de El *Observador* y quería estrenarse con un reportaje sobre Ayacucho.

También era costeño, extraño al mundo de la sierra, Jorge Sedano, el mayor de todos (51 años) y que con sus casi cien kilos tenía aplastados a sus compañeros de asiento. Destacado Fotógrafo de *La República*, uno de los periodistas más populares de Lima, eran célebres sus fotografías de carreras automovilísticas, su arrolladora simpatía y su apetito rabelesiano. Gran cocinero, criaba gatos y juraba ser el inventor de un “seco” (guiso) de gato para chuparse los dedos. Sus amigos lo apodaban por eso Micifuz.. Su amor a la profesión lo tenía allí. El jefe de redacción de su diario le decía. “Si quieres ir a Ayacucho, baja de peso”. Pero Sedano insistió de tal modo, que acabó por mandarlo.

Eduardo de la Piniella, Pedro Sánchez y Félix Gavilán eran del *Diario de Marka*, órgano cooperativo de todas las ramas del marxismo peruano. El más militante de los tres, De la Piniella, 33 años, alto, de ojos y cabellos claros, deportista, militaba en el Partido Comunista Revolucionario (de linaje maoísta). Le interesaba la literatura y entre sus papeles, en Lima, había dejado una novela a medio escribir. Pedro Sánchez se había casado no hacía mucho y al llegar a Ayacucho dedicó **buen** tiempo a fotografiar a los niños vagabundos de la ciudad. A diferencia de los anteriores, Félix Gavilán -miembro del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario)- conocía los **Andes**. Era ayacuchano, antiguo alumno de Agronomía y en su programa de radio se dirigía a los campesinos en quechua. Buena parte de su vida **la había** dedicado a trabajar con las comunidades indígenas, como periodista y técnico de difusión agropecuaria. Una de estas comunidades le regaló un búho, “Pusha”, al que Félix amaestró) y con el que él y sus tres hijos jugaban a diario. También era de la región Octavio Infante, quien, antes de ser dueño de *Noticias*, había sido obrero, maestro rural y funcionario. También de izquierda, parece haber sido el menos entusiasta por la expedición. No es imposible que estuviera allí por amistad hacia sus colegas más que por interés periodístico.

¿Qué esperaban encontrar en Huaychao? Amador García, un material novedoso. Jorge Sedano, fotos espectaculares y **mucho** mejor si estas servían a la política de *La República* de poner en apuros al gobierno. Los periodistas tenían dudas -o no creían en absoluto- que los campesinos hubieran ejecutado a los siete “senderistas”. Pensaban que los autores de la matanza eran “sinchis” o que, tal vez, esos siete muertos no fueran guerrilleros sino inocentes campesinos asesinados por

os guardias a causa de la borrachera o la prepotencia, como había ocurrido en alguna ocasión. Con matices que tenían que ver con sus posiciones más moderadas o más radicales, iban a comprobar, a Huaychao, algunas verdades que les parecían evidentes: las tropelías cometidas por las fuerzas del orden y las mentiras **del** régimen sobre lo que ocurría en el campo ayacuchano.

Pero la gravedad de estos asuntos no se reflejaba en su conducta, mientras cruzaban la puna. Luna Ramos recuerda que no dejaban de reirse y bromear y que, por ejemplo, a Eduardo de la Piniella, que llevaba una casaca verde, le decían que vestido así cualquiera lo confundiría con un “terruco” o un “sinchi”.

A una hora de Ayacucho, se detuvieron en Paclla, media docena de chozas desparramadas entre la carretera y un arroyo. Allí sí podían comer algo. Mientras sus pasajeros estiraban las piernas ante la choza de una señora que aceptó prepararles un caldo de gallina, Luna Ramos **bajó** al arroyo a traer **agua** para el radiador. Cuando regresó, encontró a los periodistas tomándose fotos. Para tener una visión del conjunto, Willy Retto se había encaramado a una piedra. Los periodistas lo invitaron a tomarse un caldo y no lo dejaron pagar la cuenta. Permanecieron en Paclla la media hora.

En el viaje, por lo que conversaban, supo el chofer que la intención de los viajeros era llegar a Huaychao. Pero también tenían interés en Yanaorco, pues cuando avistaron la torre de micro-ondas, intacta, uno exclamó: “Nos engañaron. También nos habrán engañado con lo de Huaychao”. Propusieron al chofer que los llevara hasta la torre, por el desvío de Yanaorco. Pero Luna Ramos no quiso, por lo malo del terreno y porque le pareció peligroso, pues la torre había sido objeto de varios atentados.

Su negativa no les importó. Le pidieron que avanzara, dejara atrás la laguna de Tocto, y se detuviera unos 700 metros después. Luna Ramos se sorprendió de que abandonaran el auto en ese páramo desolado. No hay allí camino, sólo una trocha incierta que las gentes de la región suelen tomar para dirigirse a Chacabamba, Balcón o Miscapampa sin necesidad de pasar por **Tambo**. De este modo ahorran una hora de marcha. Octavio Infante hacía este recorrido cuando visitaba a su familia. Pero hacía como un año que no iba a Chacabamba.

Luego de recibir los quince mil soles que le adeudaban, Luna Ramos dio media vuelta para regresar a Ayacucho. Entonces los vio una última vez, cargados con sus cámaras y bolsas, iniciando en fila india el ascenso de la montaña. Mentalmente, les deseó buena suerte pues la zona en la que se internaban había sido proclamada “zona liberada” por **Sendero** Luminoso.

IV

La cuarta espada del marxismo

La mayoría de los peruanos oyó hablar de Sendero Luminoso por primera vez en las postrimerías de la dictadura militar, una mañana de 1980, cuando los limeños se encontraron con un espectáculo macabro: perros ahorcados en los postes del alumbrado público. Los animales tenían carteles con el nombre de Deng Tsiao Ping, acusándolo de haber traicionado la Revolución.

De esta manera anunció Sendero Luminoso su existencia. La costumbre de ahorcar perros para simbolizar sus fobias sigue siendo costumbre "senderista". Lo hace aún, en ciertas aldeas, para graficar -ante un campesino que, a menudo, ignora qué es China- su desprecio hacia el "perro" Deng Tsiao Ping que hizo fracasar la Revolución Cultural.

Sendero Luminoso constituía entonces una pequeña fracción, con pocos afiliados en Lima y otros departamentos del Perú, con la excepción de uno solo, situado en los Andes del Sureste: Ayacucho. En esa ciudad de 80,000 habitantes, capital de una de las regiones con menos recursos, mayores índices de desocupación, analfabetismo y mortalidad infantil del país, era la organización política más poderosa de la Universidad. ¿A qué se debía ello? Al carisma de su líder, profesor de aquella Universidad desde 1963, un hombre nacido en Arequipa en 1934 -en cuya Facultad de Letras se había ganado el título con una tesis sobre "La teoría del espacio en Kant"- y cuyo nombre suena como el de un profeta bíblico: Abimael Guzmán.

Tímido, algo obeso, misterioso, inasible, el ideólogo de Sendero Luminoso fue militante del Partido Comunista desde los años cincuenta y, en 1964, estuvo entre los defensores de la línea maoísta que formaron el Partido Comunista Bandera Roja. En 1970, él y sus seguidores rompieron con Bandera Roja y fundaron una organización que se conocía como Sendero Luminoso -por una frase del ideólogo José Carlos Mariátegui, según el cual "el marxismo leninismo abrirá el sendero luminoso de la revolución"-, aunque sus miembros sólo admiten el título de Partido Comunista del Perú.

La fuerza que alcanzó Sendero Luminoso en Ayacucho fue obra de este profesor que desposó a una ayacuchana de la burguesía -Augusta La Torre- y convirtió su casita en un cenáculo donde acudían grupos de estudiantes a escucharlo, fascinados. Puritano, con una verdadera obsesión por el secreto, nadie recuerda haberlo visto pronunciar un discurso o asistir a las manifestaciones callejeras convocadas en esos años por sus discípulos. A diferencia de otros, dirigentes de Sendero Luminoso no se sabe que haya estado en China Popular ni si ha salido del Perú. Cayó preso una sola vez, en 1970, por pocos días. En 1978 pasó a la clandestinidad y nunca más se ha tenido noticia de su paradero. Padeció una afección cutánea y fue operado en 1973, por lo que es improbable que él en persona dirija la guerrilla. Lo seguro es que el Camarada Gonzalo -su nombre de guerra- es el líder indiscutido de Sendero, a quien los "senderistas" profesan un culto religioso. Lo llaman "La Cuarta Espada del Marxismo" (las tres primeras fueron: Marx, Lenin y Mao), que ha devuelto a la doctrina la pureza que perdió por las traiciones revisionistas de Moscú, Albania, Cuba y, ahora, también Pekín. A diferencia de otros grupos insurrectos, Sendero Luminoso rehuye la publicidad, por su desprecio a los medios de comunicación burguesas. Hasta ahora ningún periodista ha conseguido entrevistar al Camarada Gonzalo.

Sus tesis sorprenden por su esquematismo y por la convicción fanática con que las aplica. Según él, el Perú descrito por José Carlos Mariátegui en los años

veinte es semejante, en lo esencial, a la realidad china analizada por Mao en esa época -una "sociedad semifeudal y semicolonial"- y alcanzará su liberación mediante una estrategia idéntica a la de la Revolución china: una guerra popular prolongada que, teniendo al campesino como columna vertebral, dará el "asalto" a las ciudades.

La violencia con que Sendero ataca a los otros partidos de izquierda -los llama "cretinos parlamentarios"- es acaso mayor que la que le merece la derecha. Los modelos del socialismo que reivindica son la Rusia de Stalin, la Revolución Cultural de la "banda de los cuatro" y el régimen de Pol-Pot en Camboya. Este radicalismo demencial ha seducido a mucho jóvenes en Ayacucho y otras provincias de los Andes tal vez porque ofrece una salida a su frustración e impotencia de universitarios y escolares que intuyen su futuro como un callejón sin salida. En las condiciones actuales del Perú, la mayoría de los jóvenes del interior saben que no habrá trabajo para ellos en el mercado saturado de sus pueblos y que deberán emigrar a la capital con la perspectiva de compartir la vida infernal de los provincianos en las barriadas.

En 1978 los "senderistas" comienzan a desaparecer de la Universidad de Ayacucho y meses más tarde se inician las acciones de sabotaje y terrorismo. La primera, en mayo de 1980, es el incendio de las ánforas donde votaba la comunidad de Chuschi, en las elecciones presidenciales. Nadie prestó mucha atención a esos primeros dinamitazos en los Andes, porque el Perú occidentalizado y moderno -la mitad de sus 18 millones de habitantes- estaba eufórico con el fin de la dictadura y el restablecimiento de la democracia. Belaúnde Terry, depuesto por el Ejército en 1968, vuelve a la Presidencia con una fuerte mayoría (45.4 de los votos) y su Partido Acción Popular, con su aliado, el Partido Popular Cristiano, alcanza mayoría absoluta en el Parlamento.

El nuevo gobierno se empeñó en restar importancia a lo que ocurría en Ayacucho. En su período anterior (1962-1968) Belaúnde Terry debió hacer frente, en 1965 y 1966, a acciones insurreccionales del MIR y el ELN (Ejército de Liberación Nacional), que, con jóvenes entrenados en Cuba, China Popular y Corea del Norte, abrieron focos guerrilleros en los Andes y en la selva. El gobierno encargó al Ejército la lucha antsubversiva y los militares reprimieron la rebelión con eficacia y rudeza, ejecutando sumariamente a la mayoría de insurrectos. Pero, además, los jefes militares de la lucha antiguerrillera encabezaron el golpe que el 3 de octubre de 1968 instaló un gobierno de facto por doce años. Por eso, al asumir de nuevo la Presidencia, Belaúnde Terry trató a toda costa de evitar que las Fuerzas Armadas asumieran la dirección de la lucha contra Sendero Luminoso. Con ello quería prevenir un futuro golpe de estado y evitar los excesos inevitables en una acción militar.

Durante sus dos primeros años, el gobierno jugó al avestruz con Sendero Luminoso. Afirmó que la prensa exageraba su gravedad, que no se podía hablar de "terrorismo" sino de "petardismo" y que, como los atentados ocurrían sólo en un departamento -menos del 5 por ciento del territorio- no había razón para distraer a las Fuerzas Armadas de su función específica: la de-

fensa nacional. Los atentados eran delitos comunes y se ocuparía de ellos la policía.

Un batallón de "sinchis" de la Guardia Civil -la palabra, quechua, quiere decir valeroso, arrojado- fue enviado a Ayacucho. Su desconocimiento del territorio, de la idiosincracia de los campesinos, su deficiente preparación, la pobreza de sus equipos, motivaron que su labor fuera de dudosa eficacia. Más grave, aún, la institución policial suele ser la que más tarda en adaptarse a la legalidad y en renunciar a los métodos expeditivos de las dictaduras. En tanto que los "sinchis" apenas infligían reveses a los "senderistas", los actos de indisciplina en sus filas y los atropellos se multiplicaban: encarcelamientos injustificados, torturas, violaciones, robos, accidentes con heridos y muertos. Esto fue generando, en los sectores humildes, un temor y un resentimiento que favorecían a Sendero Luminoso, neutralizando el rechazo que sus acciones hubieran podido provocar.

Estas acciones mostraban eficiencia 'tecnológica' y una mentalidad fría y sin escrúpulos. Además de volar torres eléctricas y asaltar campamentos mineros para apoderarse de explosivos, Sendero Luminoso devastó las pequeñas propiedades agrícolas de Ayacucho (las grandes habían sido distribuidas con la Reforma Agraria de 1960), matando o hiriendo a sus dueños. La más absurda de estas operaciones fue la total destrucción del Fundo Allpachaca, donde funcionaba el Programa de Agronomía de la Universidad de Ayacucho. Los "senderistas" mataron a todos los animales, prendieron fuego a las maquinarias y causaron daños por 500 millones de soles. La razón que dieron fue que Allpachaca había recibido ayuda norteamericana (lo que era falso). La verdadera razón era la voluntad "senderista" de cortar toda comunicación del campo con la ciudad, ese centro de corrupción burguesa al que un día el ejército popular vendrá a regenerar. Decenas de puestos policiales en el área rural fueron atacados. En agosto de 1982 Sendero Luminoso se ufana de haber llevado a cabo "2,900 acciones exitosas".

Entre ellas figuraban abundantes asesinatos, 80 civiles y 43 policías hasta el 31 de diciembre de 1982. En los primeros cuatro meses de 1983 la cifra se elevó a más de 200 civiles y un centenar de soldados y policías, en tanto que el comando político-militar afirma haber dado muerte en la misma época a medio militar de "senderistas". Guardias y policías eran abatidos en las calles, lo mismo que las autoridades políticas, en especial los alcaldes elegidos. El propio Alcalde de Ayacucho, Jorge Jáuregui, se salvó de milagro con dos balazos en la cabeza que le dispararon unos jóvenes el 11 de diciembre de 1982. En las comunidades campesinas, los "juicios populares" terminaban con la ejecución o el azotamiento de reales o supuestos enemigos de la guerrilla.

Las tácticas de los insurrectos dieron como resultado el colapso del poder civil en el interior de Ayacucho: alcaldes, subprefectos, tenientes gobernadores, jueces y demás funcionarios huyeron en masa. Hasta los párrocos escaparon. Los puestos policiales dinamitados no volvían a abrirse. Convencido de que era demasiado riesgoso mantener dotaciones de tres o cinco hombres en las aldeas, la Guardia Civil reagrupó sus fuerzas en las ciudades, donde podían defenderse mejor. ¿Qué iba,



a ocurrir, mientras tanto, con las poblaciones campesinas que quedaban a merced de los guerrilleros? No tiene sentido preguntarse si recibieron de buena o mala gana la prédica "senderista", pues no tuvieron otra alternativa que apoyar, o al menos coexistir, con quienes pasaron a constituir el poder real.

Una de estas zonas era, justamente, aquella por donde caminaban los ocho periodistas, entre breñas y matas de "ichu" (paja), rumbo a Chacabamba. La región está dividida en una zona baja -el valle-, donde se encuentran las localidades más prósperas y modernas (dentro de la pobreza y el atraso que caracterizan al departamento) y una zona alta, en la que se hallan dispersas unas veinte comunidades campesinas de una misma familia étnica: los iquichanos. Sus tierras son pobres, su aislamiento casi absoluto, sus costumbres arcaicas. La zona baja fue víctima de continuos atentados en 1980 y 1981 y todos sus puestos policiales -los de San José de Secce, de Mayoc, de Luricocha- abandonados. Sendero Luminoso la declaró "zona liberada" a mediados de 1982.

Este proceso había pasado casi inadvertido en el Perú del que venían los periodistas. Ellos estaban mejor informados de las acciones de Sendero Luminoso en las ciudades. Sus periódicos se habían ocupado sobre todo de las operaciones que tenían incidencia en Lima, como el audaz ataque a la cárcel de Ayacucho, en la madrugada del 3 de marzo de 1982, en el que Sendero liberó a 247 presos y que mostró al gobierno que el "petardismo" había crecido enormemente. Pero de lo ocurrido en estos parajes de la Cordillera, adonde nunca llega un periodista, de donde jamás se filtra una noticia, sabían cosas vagas y generales. Quizá por eso se mostraban tan confiados, cuando, ya en la cumbre de la montaña, divisaron las laderas verdes y boscosas de Balcón y Miscapampa y los sembradíos cuadrículados de Chacabamba. Octavio Infante les señaló la chacrita de su madre.

En Chacabamba, donde los Argumedo

Doña Rosa de Argumedo, madre de Octavio, se encontraba pastoreando sus animales, en la quebrada de tierra fértil y árboles frutales de Chacabamba, cuando divisó a los ocho hombres. Las visitas son raras en ese lugar, de modo que la señora -sesentona, descalza, con un español elemental y que ha pasado toda su vida allí- escudriñó a los caminantes. Cuando reconoció a su hijo salió a darle el encuentro llorando de alegría.

Octavio Infante le explicó que sus amigos eran periodistas que iban a Huaychao para investigar “aquella matanza”. Doña Rosa se dio cuenta que la mayoría no eran de la sierra. ¡En qué estado se encontraban! El más gordito -Jorge Sedano- apenas podía hablar por la fatiga y el mal de altura, y, además, con esa camisa de verano se moría de frío. En cuanto al jovencito, Jorge Luis Mendivil, se le había desgarrado el pantalón. Estaban agitados y sedientos. Doña Rosa los guió hasta su casita de barro, madera y calamina y les ofreció unos limones para que se prepararan un refresco. Pronto se les unieron sus hijos Juana Lidia y Juan Argumedo, y la esposa de Juan, Julia Aguilar, quien vino desde su casa, unos cien metros cerro arriba. Los periodistas departieron con la familia, mientras recobraban fuerzas. A Jorge Sedano le prestaron una casaca y a Mendivil un pantalón. Eduardo de la Piniella, su libreta de apuntes de la mano, quiso saber algo sobre las condiciones de vida en el lugar y preguntó a Julia Aguilar: “¿Cómo hace para que sus hijos vayan al colegio?”

Entre tanto, el director de Noticias pedía a su medio hermano que les sirviera de guía y les alquilara unos animales para cargar las bolsas y las cámaras y para Jorge Sedano, quien, de otro modo, difícilmente podría trepar hasta Huaychao. Juan Argumedo aceptó alquilarles un caballo y una mula y pidió a Juana Lidia que los ensillara. En cuanto a servirles de guía, aceptó llevarlos sólo hasta un punto anterior a Uchuraccay, el cerro de Huachhuaccasa, de donde, dijo, se traería de vuelta a las bestias.

De Chacabamba a Huaychao no hay trocha que se distinga a simple vista y, sin guía, los periodistas hubieran podido extraviarse en esas laderas rocosas y glaciales. En cambio, los Argumedo habían estado ya otras veces en Huaychao y en la comunidad intermedia -también inquichana- de Uchuraccay. Solían subir a aquellos pueblos en octubre, para las fiestas de la Virgen del Rosario, o en julio, el día de la Virgen del Carmen, a vender aguardiente, ropa, medicinas y coca (hojas que los indios mastican, mezcladas con cal y cuyo jugo permite soportar el hambre y el frío). Juan Argumedo, Doña Rosa, Juana Lidia y Julia tenían conocidos entre los campesinos y habían entablado, incluso, lazos de parentesco espiritual -padrinos y madrinas- con comuneros inquichanos.

Dentro de la estratificación social de los Andes, los Argumedo, pese a ser humildes agricultores, apenas instruidos y pobres, representan un sector privilegiado y opulento en comparación con los indios de las comunidades como Uchuraccay y Huaychao, los más pobres entre los pobres. Los agricultores del valle, como los

Argumedo, de cultura mestiza, capaces de hablar en quechua con los campesinos y en español con la gente de la ciudad, han sido el vínculo tradicional de los inquichanos con el resto del mundo. Aún así, los contactos eran esporádicos, y se limitaban a aquellas ferias o a las ocasiones en que los campesinos de Huaychao y Uchuraccay pasaban por Chacabamba rumbo a los mercados de Huanta o Tambo. Las relaciones habían sido pacíficas en el pasado. Pero ello cambió desde la aparición de Sendero Luminoso y de los “sinchis”. Las comunicaciones estaban cortadas entre el valle y las punas y había tirantez y hostilidad entre ambas zonas. Por eso, hacía dos años que la familia Argumedo no subía a vender sus productos en las fiestas del Rosario y del Carmen.

¿Explica esto el que estuvieran tan desinformados de lo que ocurría allá arriba? La información allí se transmite de boca a oído y los protagonistas de los sangrientos sucesos de las cumbres no tenían interés en publicitarlos, de modo que no es imposible que la familia Argumedo, pese a la proximidad con las comunidades inquichanas, tuviera un conocimiento tan precario sobre los sucesos de las punas como el que tenían el general Noel, el gobierno en Lima y los ocho periodistas que, luego del breve descanso, apagaban sus cigarrillos, cargaban bolsas y máquinas, y se tomaban unas fotos con los Argumedo antes de partir. En señal de gratitud, regalaron a las tres mujeres unas galletas y unas gomas de mascar. Habían recobrado el buen humor y estaban, según Julia Aguilar, “felices y contentos”.

Octavio Infante pidió a Doña Rosa que preparara unas mantas en el granero y una comida porque tratarían de volver esa misma noche. La razón de la prisa era Amador García, quien debía enviar sus fotos a Lima en el avión del jueves. El cálculo era demasiado optimista. De Chacabamba a Uchuraccay hay unos 15 kilómetros y de allí a Huaychao otros ocho y esa distancia les tomaría por lo menos el doble de tiempo que a los lugareños, que van de Chacabamba a Uchuraccay en dos o tres horas. Presintiendo que les sería difícil regresar en el día, Doña Rosa les dio el nombre de una conocida suya de Uchuraccay, Doña Teodora viuda de Chávez, quien podría serles útil si pernoctaban en la comunidad. Félix Gavilán apuntó el nombre en su libreta.

Todavía no era mediodía cuando emprendieron el último tramo. El sol brillaba en un cielo sin indicios de lluvia. Julia Aguilar les convidó, en la puerta de su casa, un poco de leche y los vio alejarse por la quebrada. Jorge Sedano iba en la mula y su marido la tiraba de la rienda; atrás, el caballo con las bolsas y cámaras, y, más atrás, los periodistas. “Iban riéndose”, dice Julia.

VI

Los Inquichanos

Entre tanto ¿qué ocurría en las punas de Huanta, en la veintena de comunidades -unos veinte mil habitantes- pertenecientes al grupo inquichano?

Dentro de la región deprimida que es Ayacucho, los inquichanos forman parte del sector más desvalido. Sin

caminos, atención médica o técnica, sin agua ni luz, en las tierras inhóspitas donde han vivido desde la época prehispánica, sólo conocieron, desde el inicio de la República, la explotación del latifundista, las exacciones del recaudador de impuestos, la violencia de las guerras civiles. La fe católica, aunque caló hondo en los comuneros, no ha desplazado a las antiguas creencias, como el culto a los Apus -dioses montañas- el más ilustre de los cuales es el Rasuwillca (en cuyas entrañas vive un jinete de tez clara y cabalgadura blanca, en un palacio lleno de oro y frutas) cuyo prestigio irradia sobre toda la región. Para estos hombres y mujeres, en su gran mayoría analfabetos y monolingües quechuas, condenados a sobrevivir con una exigua dieta de habas y papas, la existencia ha sido un cotidiano desafío en el que la muerte por hambre, enfermedad o catástrofe natural acechaba a cada paso.

Los ocho periodistas, guiados por Juan Argumedo, iban al encuentro de otro tiempo histórico, pues la vida en Uchuraccay y Huaychao no ha variado casi en doscientos años. En las casas de Huanta, las familias hablan todavía con alarma de la posibilidad de que los indios iquichanos bajen de los cerros como aquella vez -1896- en que capturaron la ciudad y lincharon al Subprefecto (se habían sublevado contra el impuesto a la sal). Porque, a lo largo de la historia, vez que las comunidades de Iquicha han abandonado sus parajes ha sido para pelear. Hay una constante en las irrupciones beligerantes de estos campesinos: todas obedecen al temor a un transtorno de su sistema de vida, a lo que ellos perciben como amenazas a su supervivencia étnica. Durante la Colonia, pelearon a favor de las fuerzas realistas contra las dos rebeliones indígenas más importantes de los siglos XVIII y XIX: las de Tupac Amaru y de Mateo Pumacahua. Su falta de articulación con las otras etnias andinas se trasluce, también, en su rechazo a la independencia: entre 1826 y 1839 se negaron a aceptar la República y combatieron por el Rey de España. El mismo sentido de defensa de su soberanía regional tienen los alzamientos que protagonizaron en el siglo diecinueve.

Los escasos estudios sobre ellos, los muestran como celosos defensores de esos usos y costumbres que, aunque arcaicos, son lo único que tienen. Reciben a comerciantes o viajeros de paso, pero, en los años sesenta, expulsaron a un grupo de antropólogos de la Universidad de Ayacucho y se negaron a recibir a los promotores de la Reforma Agraria en los años setenta.

La relación de los iquichanos con las aldeas del valle, más modernas y occidentalizadas, ha sido siempre áspera, algo común en los Andes, donde los pobladores mestizos de las zonas bajas desprecian a los indios de las alturas a los que llaman "chutos" (salvajes). Estos, recíprocamente, los detestan.

Tal era el clima de la región cuando comenzó a operar en ella Sendero Luminoso. En 1981 y 1982 los guerrilleros arraigan en toda la zona baja. Pero, en tanto que en San José de Secce, de Luricocha, de Mayoc, de Chacabamba, de Balcón, los "senderistas" adoctrinan a los campesinos y reclutan jóvenes, no parecen haber hecho el menor esfuerzo para ganarse a los iquichanos. ¿Su aislamiento, la dureza del clima y del terreno, su primitivismo, los llevaron a no considerarlos un

objetivo codiciable? En el curso de esos dos años, las punas de Huanta sólo fueron para Sendero Luminoso un corredor de paso, que permitía a los guerrilleros desplazarse de un extremo a otro de la provincia con relativa seguridad y evaporarse después de realizar atentados en Huanta, Tambo y otras localidades.

Los indios de Uchuraccay, de Huaychao, de Carhuaurán, de Iquicha, oyen pasar casi siempre de noche a esas "milicias", y, cuando lo relatan, aquellas apariciones extrañas, inquietantes, adoptan el aire de una fantasmagoría o la proyección de terrores inconscientes. El hecho de que los rivales del valle ayuden (de buena o mala gana) a los "senderistas", era una razón para predisponer a los iquichanos en su contra. Pero hay otros motivos. En sus marchas, los guerrilleros buscan abrigo y alimento y cuando los comuneros quien-en impedir que se coman sus animales, surgen disputas. En Uchuraccay, pocas semanas antes, en un incidente de esta índole, un destacamento de Sendero mató a los pastores Alejandro Huamán y Venancio Aucatoma. Los robos de animales resintieron a estas comunidades cuyas reservas son mínimas. Por eso, cuando los comuneros de Uchuraccay hablan de ellos, los llaman "terrorista-sua" (terrorista-ladrón).

Pero lo que precipita la ruptura entre los iquichanos y Sendero Luminoso es el intento de los revolucionarios de aplicar en las "zonas liberadas" una política de "autosuficiencia económica" y control de la producción. El objetivo: desabastecer a las ciudades e ir inculcando al campesinado un sistema de trabajo acorde con el modelo ideológico. Las comunidades reciben consignas de sembrar- únicamente aquello que consumen, sin ningún excedente, y de cesar todo comercio con las ciudades. Cada comunidad debe autoabastecerse, de modo que desaparezca toda economía monetaria. Sendero Luminoso impone esta política con métodos contundentes. A principios de enero clausura a balazos la Feria del Lirio y dinamita la carretera, cortando el tráfico entre Huanta y aquella localidad. Los comuneros iquichanos bajaban a Lirio a vender sus excedentes y a aprovisionarse de coca, fideos, maíz. El fin de la posibilidad de comerciar, decretado por razones para ellos incomprensibles, fue sentido como una intromisión que ponía en peligro su existencia y ésta es la situación en que, a lo largo de la historia, los iquichanos han reaccionado con fiereza.

A mediados de enero los "varayocs" (alcaldes) de las comunidades iquichanas celebraron dos asambleas, en Uchuraccay y Carhuaurán (los mismos sitios donde, siglo y medio atrás se reunieron para declarar la guerra a la naciente República). Allí, acordaron enfrentarse a Sendero Luminoso.

El gobierno y las fuerzas del orden prácticamente desconocían estos hechos. El ejército había sido encargado por Belaúnde Terry de dirigir las acciones sólo a fines de diciembre de 1982 y el general Clemente Noel apenas empezaba a darse cuenta de lo complicada que iba a ser su tarea. Una compañía de infantes de marina y un batallón de infantería, además de un grupo de comandos del Ejército, acaban de llegar a Ayacucho para apoyar a la Guardia Civil. Por Uchuraccay sólo habían pasado los "sinchis".

La maestra Alejandrina de la Cruz, vio llegar a la

primera patrulla de "sinchis" en mayor de 1981. No hubo incidentes entre guardias y comuneros, a diferencia de lo ocurrido en Faria, donde aquellos maltrataron a un campesino. En 1981 los "sinchis" pasaron por Uchuraccay a un ritmo de una vez cada dos meses, buscando infructuosamente a los "senderistas". Pero, en 1982, Alejandrina de la Cruz no vio a ninguna patrulla, hasta el 18 de diciembre, en que abandonó Uchuraccay. Sin embargo, los uchuracainos aseguran que los "sinchis" llegaron una vez más, luego de la partida de la maestra, en helicóptero. Cuando les pidieron que se quedaran a proteger el pueblo, les respondieron que no podían y que si los "terrucos" venían debían defenderse y matarlos".

En todo caso, era lo que habían decidido hacer los iquichanos en las asambleas de Carhuaurán y Uchuraccay. Comenzaron a hacerlo de inmediato, en varios lugares a la vez. Destacamentos "senderistas" y reales o presuntos cómplices fueron emboscados, maltratados y ejecutados en toda la zona de Iquicha. Los siete muertos de Huaychao que dio a conocer el general Noel eran apenas una muestra de las matanzas que llevaban a cabo los exasperados iquichanos en esos momentos. Pero, a diferencia de los muertos de Huaychao, los otros no fueron señalados a las autoridades. En Uchuraccay, cinco "senderistas" habían sido linchados el 22 de enero, y el número de "terrucos" ejecutados en toda la zona era, por lo menos, de 24 (acaso bastantes más)

No lo sabían los expedicionarios y, al parecer, ni siquiera Juan Argumedo. Pero la zona a la que se acercaban estaba profundamente perturbada y los co-

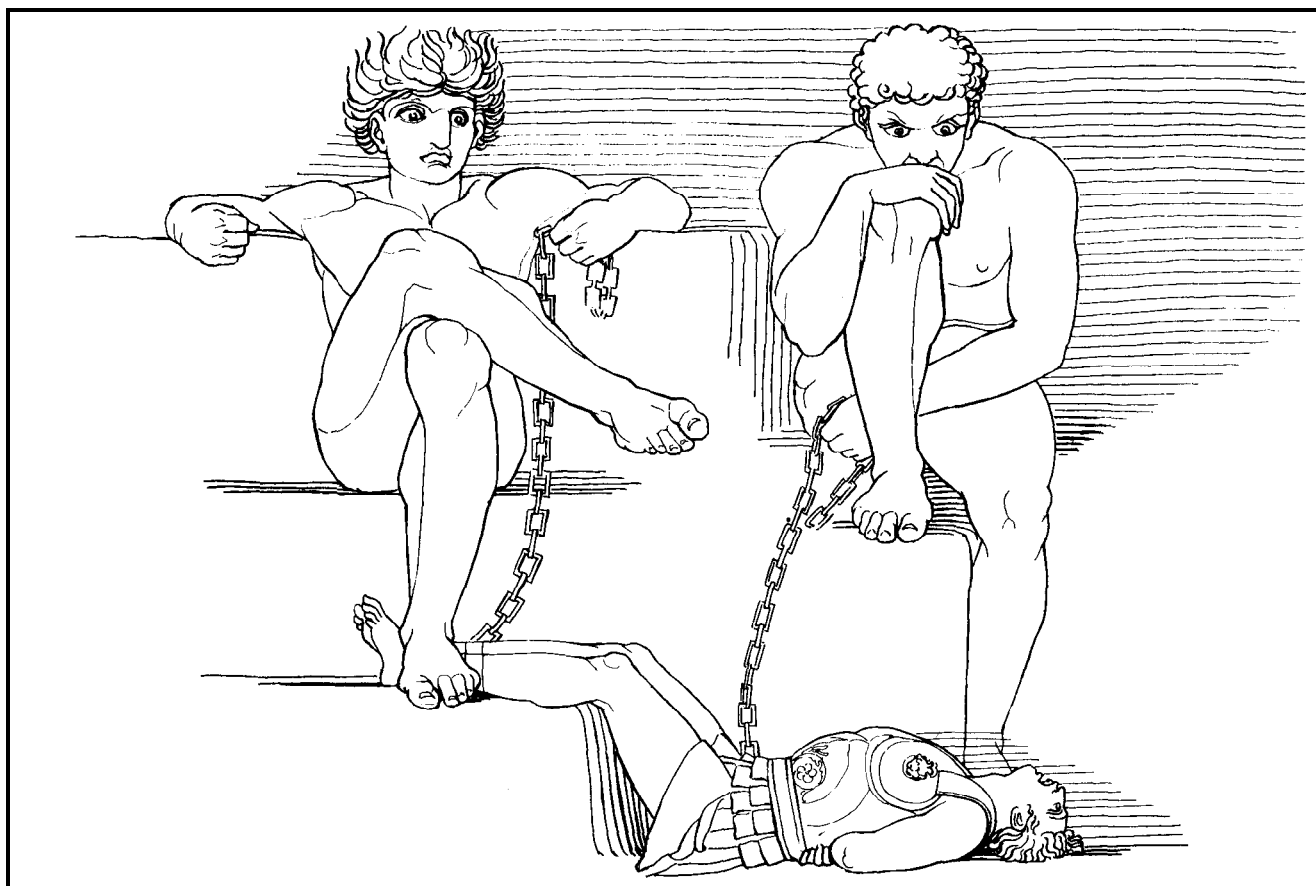
muneros vivían un estado de furor y de pánico, o, como dicen ellos, de chagwa (desorden, caos). Estaban convencidos de que, en cualquier momento, los "senderistas" regresarían a vengar a sus muertos. Aumentaba el miedo y la rabia de los campesinos el sentirse en inferioridad de condiciones, por carecer de armas de fuego. La sorpresa que había permitido los primeros linchamientos ya no era posible. Este era el ánimo que reinaba en Uchuraccay, donde unos trescientos comuneros se hallaban reunidos en cabildo, cuando los pastores o centinelas vinieron a avisar que un grupo de forasteros se acercaba al centro comunal.

VII

En la boca del lobo

Esa noche, en Chacabamba, Doña Rosa, Juana Lidia y Juana Aguilar esperaron inútilmente el retorno de Juan Argumedo. Aunque dudaba que Octavio Infante y los periodistas volvieran ese día, Doña Rosa les preparó comida y unas mantas. No los sorprendió mucho que ellos no aparecieran, pero ¿por qué no regresaba Juan, que sólo iba a acompañarlos un trecho de camino! Las mujeres se acostaron inquietas.

A la mañana siguiente -jueves 27 de enero- apareció por Chacabamba un niño -Pastor Ramos Romero-, gritando que algo terrible había pasado allá arriba, que en Uchuraccay habían matado a los señores que se fueron con Don Juan. Doña Rosa y Juana Lidia atinaron a coger un pequeño costal de papas y hojas de coca,



antes de salir, despavoridas, rumbo a Uchuraccay. Se les había adelantado Julia Aguilar, quien, al oír al niño, saltó sobre un caballo y lo espoleaba sobre las piedras de la quebrada.

Julia llegó a las afueras de Uchuraccay cerca del mediodía. Desde que avistó las primeras chozas, con sus techos de paya y sus corralitos de piedra, advirtió algo anormal, pues en los cerros había gran cantidad de indios, armados con hondas, palos, hachas, y entre ellos gentes de otras comunidades: Huaychao, Cunya, Pampalca, Jarhuachuray, Paria. Algunos agitaba?? banderas blancas. Un grupo la rodeó, amenazador, y, si?? darle tiempo a preguntar por su marido, comenzó a acusarla de ser cómplice de los "terrucos" y a decirle que la matarían como los habían matado a ellos. Estaban febriles, sobresaltados, violentos. Julia intentó dialogar, explicarles que los forasteros no eran terroristas y tampoco su esposo, pero los campesinos la llamaban mentirosa y se mostraban cada vez más agresivos. Ante sus súplicas, en vez de matarla, se la llevaron prisionera a la casa comunal de Uchuraccay. Al entrar al caserío, vió a la comunidad "en estado frenético" y le pareció que había "varios miles" de campesinos de otras aldeas.

Allí se encontró con su cuñada y su suegra, también llorosas, y aterradas, también prisioneras. Habían vivido una experiencia semejante a la suya, pero, además, habían averiguado algo de los sucesos de la víspera. En las afueras del pueblo, quien les dijo que los campesinos habían matado a unos terroristas, pero que Juan Argumedo no estaba con ellos cuando los mataron. El guía se fugó, con los animales, desde el cerro Huachhuaccasa. Comuneros montados a caballo lo persiguieron y le dieron alcance e?? el lugar llamado Yuracyaco. Se lo habían llevado prisionero. Doña Rosa y Juana Lidia no pudieron preguntar más pues se vieron rodeadas por comuneros furibundos que las llamaban "terrucas". Las mujeres, de rodillas, les juraban que no lo eran y para calmarlos les repartían las papas y la coca que traían. En el camino a Uchuraccay Doña Rosa y Juana Lidia vieron, muertos, al caballo y la mula de los periodistas.

Permanecieron prisioneras hasta el día siguiente por la tarde, con la vida pendiente de un hilo. En la oscura vivienda -suelo de tierra, paredes tiznadas- que les servía de cárcel, había otros trece prisioneros, muy golpeados. Habían sido llevados allí desde Iquicha, acusados de ser cómplices de Sendero Luminoso. Uno de ellos era el Teniente Gobernador, Julián Huayta, que sangraba de la cabeza. Lo tenían atado del pescuezo con una bandera roja y lo acusaban de haber izado esa bandera en Iquicha. Esa tarde, esa noche y la mañana siguiente, Doña Rosa, Juana Lidia y Julia vieron a los comuneros de Uchuraccay y a los de las otras comunidades -ellas dice?? que era?? "cuatro o cinco mil", lo que parece exagerado- juzgar a los trece prisioneros, de acuerdo a ritos ancestrales, en Cabildo abierto. Nueve fuero?? absueltos del cargo de ayudar a los "terrucos". ¿Fue también la muerte el castigo de los otros cuatro? Las Argumedo no lo saben; sólo que los de Uchuraccay los entregaron a gentes de otra comunidad y que se los llevaron. Pero es muy posible que la matanza de la víspera continuara después del Cabildo. Una vez tomada la decisión de entrar en la guerra entre

Sendero Luminoso y los "sinchis", para los iquichanos se trataba de matar primero o de morir, sin detenerse a reflexionar que podía haber accidentes de por media.

Las Argumedo fueron juzgadas en la tarde del viernes. Muchas veces oyeron que los comuneros habían matado a unos terroristas y nadie les hizo caso cuando ellas trataban de explicar que no lo eran, sino periodistas que iban a Huaychao. ¿Pueden entender lo que es un "periodista" los comuneros iquichanos? Muy pocos, en todo caso, y de una manera muy incierta. En el curso del juicio, un iquichano, ahijado de Doña Rosa -Julio Gavilán- defendió ardorosamente a las mujeres ante los "varayocs", jurando que no eran de la "milicia". Doña Rosa, Juana Lidia y Julia, imploraron que las soltaran y repartieron entre los "varayocs" los 3,000 soles que llevaban consigo y el resto de las papas y hojas de coca.

¿Por qué este empeño en tratar a las mujeres como cómplices de los "terrucos"? ¿Acaso no conocían muchos comuneros a la familia Argumedo de Chacabamba? tal vez la razón era, justamente, que las tres mujeres venían de una zona donde Sendero Luminoso tenía simpatizantes. Un rumor persistente, pero inverificable, recogido en la región?, señala a Juan Argumedo como encubridor y amigo de "senderistas". Su familia lo niega. Pero lo cierto es que ella vive en una región que Sendero controló y en la que los pobladores, por solidaridad o por miedo, colaboraron con los guerrilleros. Acaso Juan Argumedo no lo hizo, pero, para los campesinos de las alturas, él pudo ser muy bien la prueba tangible de la llegada al pueblo del destacamento "senderista" que estaban esperando. ¿Fue Juan Argumedo el factor decisivo del malentendido que provocó la matanza? Es algo que acaso nunca llegará a saberse, pues, aunque admite el crimen contra los periodistas, los comuneros de Uchuraccay guardan mutismo total sobre Juan Argumedo. Mientras estuvieron detenidas, su madre, su mujer y su hermana, oyeron diversas versiones sobre su suerte. Que lo tuvieron encerrado con otro campesino y que luego los asesinaron a ambos; que lo entregaron a comuneros de otra aldea iquichana. Pero hasta ahora los comuneros de Uchuraccay siguen diciendo que no lo conocían, que nunca lo vieron, y, pese a las búsquedas, no se ha encontrado su cadáver. Las tres mujeres tuvieron más suerte que él. Los "varayocs" terminaron por rendirse a sus ruegos y a los de Julio Gavilán. Antes de soltarlas, el Cabildo las hizo jurar solemnemente, ante una vara con crucifijo -la vara del alcalde mayor- que guardarían el más absoluto secreto sobre lo que vieron y oyeron desde que pisaron Uchuraccay.

Cuando las atribuladas mujeres retornaban a Chacabamba, el viernes al anochecer, dos patrullas militares se encontraban peinando la región en busca de los periodistas. El general Noel se había enterado la víspera de la expedición -por periodistas inquietos al no tener noticias de sus colegas- y ordenó a los puestos de Huanta y de Tambo que los buscaran. La primera patrulla en llegar a Uchuraccay fue la de Tambo, comandada por Un marino, el teniente primero Ismael Bravo Reid. Entró a la aldea en la noche del viernes, con una lluvia torrencial, luego de diez horas de marcha. Los comuneros estaban en sus chozas y sólo al día

siguiente habló Bravo Reid con ellos, mediante un intérprete. Los comuneros le dijeron que habían matado a “ocho terroristas que llegaron a Uchuraccay enarbolando una bandera roja y dando muertes a los sinchis”. Le mostraron las tumbas y le entregaron una bandera roja, un teleobjetivo, doce rollos de películas (que resultarían vírgenes) y unos carnets. “¿Y las armas?”, preguntó el oficial. “No traían”.

Así conocieron las autoridades, en Ayacucho y Lima, el sábado por la noche, la muerte de los periodistas. El domingo, el Perú entero vio, por la televisión, la exhumación de los cadáveres y contempló el macabro espectáculo de los ocho cuerpos destrozados a palos, hondas, piedras y cuchillos. Ninguno tenía heridas de bala.

A la Comisión Investigadora nombrada por el gobierno para investigar la matanza -de la que formó parte el autor de este artículo- no le fue difícil, luego de recorrer los escenarios, revisar documentos oficiales e interrogar a decenas de personas, reconstruir lo esencial de los hechos (aunque algunos detalles quedaron en la sombra). No le fue difícil concluir que los periodistas fueron asesinados cuando, rendidos de fatiga, luego de cinco horas de marcha, llegaron a Uchuraccay, por una multitud de hombres y mujeres a los que el miedo y la cólera dotaban de una ferocidad infrecuente en su vida diaria y en circunstancias normales. No le cupo ninguna duda que los iquichanos los mataron porque los tomaron por “senderistas”.

Todo esto nos lo relataron los campesinos de Uchuraccay, en un Cabildo que celebramos allí el 14 de marzo. Lo hicieron con naturalidad, sin arrepentimiento, entre intrigados y sorprendidos de que viniera gente desde tan lejos y hubiera tanto alboroto por una cosa así. Sí, ellos los habían matado. ¿Por qué? Porque se habían equivocado. ¿La vida no está llena de errores y de muertes? Ellos eran “ignorantes”. Lo que les preocupaba a los vecinos de Uchuraccay, ese 14 de marzo, no era el pasado sitio el futuro, es decir, “los senderistas”. ¿pediríamos a los “sinchis” que vinieran a protegerlos? ¿Pediríamos al “señor gobierno” que les mandara por lo menos tres fusiles? Al empezar al Cabildo, aconsejado por los antropólogos, asesores de la Comisión, yo había vertido aguardiente sobre la tierra y bebido en homenaje al cerro tutelar, el Rasuwillca, repartido hojas de coca y tratado de explicar, mediante traductores, a las decenas y decenas de comuneros que nos rodeaban, que las leyes del Perú prohíben matar, que para condenar y juzgar están los jueces y para hacer cumplir las leyes, las autoridades. Y mientras les decía estas cosas, viendo sus rostros, me sentía tan absurdo e irreal como si estuviera adoctrinándolos sobre la auténtica filosofía revolucionaria del camarada Mao traicionada por el perro contrarrevolucionario Deng-Tsiao Ping.

VIII

La matanza

¿Cómo ocurrió el asesinato de los periodistas?

Los uchuraccainos se negaron a referirnos los detalles. Nosotros supusimos que los atacaron de improviso, sin que mediara un diálogo, desde los cerros que

rodean al pueblo, con esas “huaracas” (hondas) con que ellos son capaces -nos lo mostraron, orgullosos- de lanzar piedras velocísimas que derriban a una vizcacha en plena carrera. Pensamos que no hubo diálogo, pues los iquichanos creían a los “senderistas” armados y porque, si lo hubiera habido, los periodistas que hablaban quechua -Octavio Infante, Félix Gavilán y Amador García- hubieran desarmado la hostilidad de los atacantes.

Pero los hechos fueron más fríos y crueles. Se supo con certeza cuatro meses después, cuando una patrulla que escoltaba al Juez. encargado de investigar los sucesos, encontró en una cueva de Huachhuaccasa -próxima a Uchuraccay- la máquina fotográfica de Willy Retto -una Minolta n. 4202368-, desenterrada, al parecer, por vizcachas que revolviéron la tierra donde los comuneros la habían escondido. El joven fotógrafo de El Observador tuvo la entereza de accionar su cámara en los instantes anteriores a la matanza y acaso cuando ésta comenzaba a segar las vidas de sus compañeros. Las Fotos muestran a los periodistas cercados por los comuneros. Se ve, en una, a Jorge Sedano, de rodillas, junto a los bolsos y cámaras que acaba de depositar en el suelo alguien que pudiera ser Octavio Infante. En otra, Eduardo de la Piniella tiene los brazos en alto y, en otra, el pequeño Mendivil agita las manos, como implorando calma. En la última foto, Willy Retto, caído en el suelo, fotografió a un iquichano está abalanzándose sobre él. El estremecedor documento prueba que el diálogo no sirvió de nada y que, pese a verlos desarmados, los iquichanos actuaron contra los forasteros convencido de que eran sus enemigos.

La matanza, a la vez que político social, tuvo matices mágico-religiosos. Las horribles heridas de los cadáveres eran rituales. Los ocho fueron enterrados, por parejas y boca abajo, forma en que se sepulta a quienes los consideran “diablos” o gente, como los danzantes de tijeras, que, se cree, han hecho pacto con el Diablo. Asimismo, los enterraron en un lugar periférico a la comunidad, para recalcar su condición de forasteros. (En los Andes, el diablo se asimila a la imagen de un foráneo). Los cadáveres fueron especialmente maltratados en la boca y en los ojos porque es creencia que la víctima debe ser privada de la vista para que no reconozca sus victimarios y de la lengua para que no los delate. Fracturaron sus tobillos para que no retornaran a vengarse de quienes les dieron muerte. Los comuneros despojaron a los muertos de sus ropas para lavarlas y luego incinerarlas, en una ceremonia de purificación que se conoce con el nombre de “Pichja”.

El crimen de Uchuraccay fue horrendo y conocer las circunstancias en que ocurrió no lo excusa. Pero lo hace más entendible. La violencia que advertimos en él nos asombra porque, en nuestra vida diaria, es anómala. Para los iquichanos esa violencia es la atmósfera en que se mueven desde que nacen hasta que mueren. Apenas un mes después de que estuvimos en Ayacucho, una nueva tragedia confirmó que el pánico de las gentes de Iquicha contra las represalias de Sendero Luminoso no era injustificado. Ocurrió en Lucanamarca, a unos 200 kms. de Uchuraccay. Los comuneros del lugar habían colaborado con Sendero Luminoso y luego tenido incidentes con los “terrucos” por problemas

de alimentos. Lucanamarca, entonces, capturó a unos guerrilleros y los entregó a la policía en Huancasancos. El 23 de abril, cuatro destacamentos de Sendero Luminoso, encabezando a centenares de campesinos de una comunidad rival, entraron a Lucanamarca en expedición punitiva. Sesenta y siete personas fueron asesinadas, en la plaza del pueblo, algunas a balazos, pero la mayoría con hachas, machetes y piedras. Entre los decapitados y mutilados figuraban cuatro niños.

Cuando terminó el Cabildo y, muy impresionados por lo que habíamos visto y oído -las tumbas de los periodistas estaban aún abiertas-, nos disponíamos a I-egresar a Ayacucho, una mujercita de la comunidad comenzó de pronto a danzar. Canturreaba una canción que no podíamos entender. Era una india pequeña como una niña pero con la cara arrugada de una anciana, con las mejillas cuarteadas y los labios tumefactos de quienes viven expuestos al frío de las punas. Iba descalza, con varias polleras de colores, un sombrero con cintas, y, mientras cantaba y bailaba, nos golpeaba despacito en las piernas con un manojo de ortigas. ¿Nos despedía, según un antiguo rito? ¿Nos maldecía, por ser también nosotros parte de esos forasteros -"senderistas", "periodistas", "sinchis"- que habían traído nuevos motivos de angustia y sobresalto a sus vidas? ¿Nos exorcisaba? Las semanas anteriores, mientras entrevistaba militares, políticos, policías, campesinos, periodistas, revisaba partes de operaciones, artículos, atestados judiciales, tratando de restablecer lo sucedido, yo había vivido en un estado de enorme tensión. En las noches, me desvelaba tratando de determinar la veracidad de los testimonios, de las hipótesis, o tenía pesadillas en las que las certidumbres del día se convertían de nuevo en enigmas. En esas semanas, al mismo tiempo que la historia de los ocho periodistas -a dos de los cuales conocía; con Amador García había estado apenas unos días antes de su viaje a Ayacucho- me pareció ir descubriendo una nueva historia -terrible- de mi propio país. Pero en ningún momento sentí tanta tristeza como en ese atardecer con nubes amenazantes, en Uchurucay, mientras veíamos danzar y golpearnos con ortigas a esa mujercita diminuta que parecía salida de un Perú distinto a aquel en que transcurre mi vida, un Perú antiguo y arcaico que ha sobrevivido, entre esas montañas sagradas, a pesar de siglos de olvido y adversidad. Esa frágil mujercita había sido, sin duda, una de las que lanzaron las piedras y blandieron los garrotes, pues las mujeres iquichanas tienen fama de ser tan beligerantes como los hombres. En las fotos póstumas de Willy Retto se las ve, en la primera fila. No era difícil imaginar a esa comunidad transformada por el miedo y la rabia. Lo presentimos en el Cabildo, cuando, de pronto, ante las preguntas incómodas, la pasiva asistencia comenzaba a rugir, encabezada por las mujeres, "Chaqwa, chaqwa" (¡basta, basta!) y el aire se impregnaba de malos presagios. Si lo esencial de la muerte de los periodistas ha sido esclarecido -quiénes los mataron, cómo y por que quedan algunos hechos oscuros. ¿Que ha sido de Juan Argumedo? ¿Por qué los iquichanos no reivindican su muerte? Tal vez porque Juan Argumedo era un "vecino", alguien de una región rival pero con la que están obligados a coexistir por razones de comercio y tránsito. Reconocer que lo mataron equi-

valdría a una declaratoria de guerra a los agricultores del valle. La precaución en todo caso no ha servido de mucho, pues, desde entonces, se han producido varios choques sangrientos entre los comuneros de Uchuraccay y los vecinos de Chacabamba y Balcón.

Otro elemento incierto es el de la bandera roja. El general Noel dijo que los periodistas fueron asesinados porque se presentaron en Uchuraccay con una bandera comunista y lo mismo dijeron a la Comisión los comuneros. Pero es evidente que esto no tiene asidero, como muestran las fotos de Willy Retto. ¿Para qué hubieran llevado los periodistas una bandera que sólo les hubiera significado riesgos? Lo probable es que esta fuera una versión fraguada por la comunidad al darse cuenta de su error, para dar mayor fuerza a su tesis de que confundieron a los forasteros con "senderistas". La bandera roja que entregaron al teniente primero Bravo Reid fue, sin duda, la que flameó en Iquicha y la que sirvió de collar al Teniente Gobernador de ese lugar.

Aún más dramática que la sangre que corre en esta historia son los malentendidos que la hacen correr. Los campesinos matan a unos forasteros porque creen que vienen a matarlos. Los periodistas creían que eran "sinchis" y no campesinos quienes habían asesinado a "senderistas". Es posible que murieran sin entender por qué eran asesinados. un muro de desinformación, prejuicios e ideologías, comunicaba a unos y otros e hizo inútil el diálogo.

Quizá esta historia ayude a comprender el por qué de la violencia vertiginosa que caracteriza a las acciones guerrilleras en América Latina. Los movimientos guerrilleros no son, en estos países, "campesinos". Nacen en las ciudades, entre intelectuales y militantes de las clases medias, seres a menudo tan ajenos y esotéricos -con sus esquemas y su retórica- a las masas campesinas, como Sendero Luminoso para los hombres y mujeres de Uchurucay. Lo que suele ganarles el apoyo campesino son los abusos que cometen esos otros forasteros -las fuerzas de la contrainsurgencia- o, simplemente, la coacción que ejercen sobre los campesinos quienes creen ser dueños de la historia y la verdad absoluta. La realidad es que las guerras entre guerrillas y fuerzas armadas resultan arreglos de cuentas entre sectores 'privilegiados' de la sociedad, en los que las masas campesinas son utilizadas con cinismo y brutalidad por quienes dicen querer "liberarlas". Son estas masas las que ofrecen, siempre, el mayor número de víctimas: 750 en el Perú solo desde principios de año.

La historia de los ocho periodistas muestra lo vulnerable que es la democracia en América Latina y la facilidad con que ella peca bajo las dictaduras militares o marxistas-leninistas. Los logros de la democracia -libertad de prensa, elecciones, instituciones representativas - es algo que difícilmente pueden defender con convicción quienes no están en condiciones de entenderlos y, menos aún, de beneficiarse con ellos. La democracia no será fuerte en nuestros países mientras sea privilegio de un sector y una abstracción incomprensible para el resto. La doble amenaza -el modelo Pinochet o el modelo Fidel Castro- seguirá acosando a los regímenes democráticos mientras haya en nuestros países hombres que maten por las razones que mataron los campesinos de Uchuraccay .